

Crónica del movimiento católico femenino^{1*}

La cuestión feminista sigue sobre el tapete, y cada día se va haciendo de mayor actualidad, por eso, en estas Crónicas que han ido reflejando año tras año el movimiento de actividad femenino, continúo tratando el asunto que, en lo que a mí se refiere, me está valiendo una *descarga cerrada* de las que no están conformes con mi manera de entender el feminismo.

Descarga que se pierde en el vacío, porque son tiros que no aciertan a herirme, y si me hiriesen daría por bien empleada la herida, ganada al luchar al amparo de la bandera de Cristo.

Hasta ahora se nos perdonaba fácilmente por las feministas el que actuásemos, porque, por regla general era una actuación la nuestra benéfica, y no les molestaba ni les hacían sombra nuestras visitas a los enfermos, a los asilos, las conferencias de San Vicente, etc., etc., antes bien, y a pesar de que ha habido una escritora que en una reciente conferencia en el Ateneo ha dicho que “lo hacíamos todo por vanagloria y darnos pisto”, no se sentían nada inclinadas a imitar el ejemplo de las que entraban en los tugurios más infectos en nombre de la caridad cristiana.

Mas he aquí, que a sus proclamas feministas neutras, cuando no son absolutamente laicas, reivindicando mejoras para la mujer, se les ocurre a las católicas contestar aceptando dentro de la bandera de la Iglesia católica, esas mejoras, por lo menos, algunas, las admisibles, las que no son de una exageración tal que no se pueden aceptar. ¡Ah, entonces las feministas comenzaron a indignarse, y ellas que nos tachan de intransigentes, se permitieron negarnos casi, casi el derecho de actuar fuera de un radio de acción puramente benéfico. Hubo quien con *sana intención*, habló de las que viven para la religión y de las que viven de la religión... que por cierto, no sé si encontrará una sola, la señora de Vives, que así se expresó, con absoluto desconocimiento del asunto; hubo quien afirmó que habiendo dicho Cristo que su reino no era de este mundo... claro, los que le seguimos, los que nos gloriamos de ser discípulos de su doctrina, debíamos poco menos que cruzarnos de brazos y esperar el día de entrar en nuestro reino, sin molestarnos en combatir en este, que al no ser del Maestro divino, no debemos considerar nuestro tampoco, no interesarnos en nada de lo que por él ocurre, y agregó, y esto es

¹ Publicado en *Revista Católica de cuestiones sociales*, enero de 1919, pp. 32-35.

verdaderamente estupendo, que puesto que existían asociaciones para la cría caballar, y clubs de *tennis*, de automovilismo, etc., que no tenían el título de católicos, aunque a ellos pertenecían muchos católicos, no veía la necesidad de una asociación feminista que hubiera de llevar ese título, ni figurar en el campo católico.

No nos deja muy bien paradas a las mujeres, al equiparar asociaciones en que se discuten leyes y temas que interesan al espíritu y a la mentalidad femenina, con asociaciones para la cría caballar, en que importa poco que la integren chinos o españoles, creyentes o ateos.

Todo ello sería de poco fuste y de escasa importancia; porque nunca figuraron las que así escriben como primeras espadas en el campo de la actividad femenina, si no hubiese surgido y hecho su aparición, la Asociación Nacional de Mujeres Españolas.

Su presidenta, María Espinosa, apoderada general de la Casa Yost, en España, es una mujer de inteligencia, de iniciativas, de una labor que la ha hecho llegar al puesto que hoy ocupa. Se trata, pues, de una persona que no se mueve en el ambiente de la vulgaridad, y tratada se gana fácilmente las simpatías.

Pero, en su programa, muy extenso, que abarca la parte político-social, la económica y la que se refiere al niño, hay extremos que por buena voluntad que tengamos los de derechas, no podemos admitir. ¿Vamos a pedir que las mujeres se sienten en el Congreso, ocupen puestos en las Cámaras de Comercio, en el jurado y en la policía? ¿Qué sería de la familia y de los hijos, si la madre estuviera siempre fuera de su casa? ¿Qué marido iba a consentir, ni qué padre a sancionar que su mujer y su hijas actuaran en el jurado y fuesen del cuerpo de policías?

¿Cómo va a ser nunca posible la absoluta igualdad del hombre y de la mujer? ¿Qué es eso de suprimir la responsabilidad del marido, o de negarle obediencia como ya lo expusieron las feministas más radicales?...

Pedir equidad en los jornales, en los sueldos, en los salarios, pedir que en los comercios donde se venda género para la mujer, se sirvan de dependientas en vez de dependientes, recabar el derecho de votar, no el de ser elegidas, todas esas ventajas son perfectamente admisibles, y las católicas sin salirnos de nuestro campo las hacemos nuestras... Pero hemos oído a muchos hombres tachar de disolvente el programa entero de la Asociación Nacional de Mujeres y decir que realizarlo en toda su integridad suponía la destrucción del hogar.

Precisamente cuando se estudian por eminentes sociólogos los medios de que la mujer que ha de trabajar para vivir pudiera hacerlo en su casa, a fin de conservar en lo

posible el espíritu de la familia, una asociación, al exponer su programa, lo hace en forma que arranca de su hogar a la mujer, y la quiere llevar a las cámaras, y que sea policía, y que actúe de jurado, y que sea lo que es el hombre, sin tener en cuenta que pronto habría de perder su carácter especial de reina del hogar, que es su mayor tesoro, su defensa principal, su máspreciado encanto.

Veremos si esta Asociación se abre camino o si por falta de personal se ve obligada a desaparecer, o a modificar al menos su programa, que además arranca de un ideal neutro en materia religiosa.

Tenemos en cambio a nuestra vista el llamamiento hecho por la Federación de Sindicatos Obreros Femeninos de la Inmaculada, a las obreras de Madrid, y es un llamamiento que demuestra que el espíritu que inspira a las Asociaciones Católicas, no es retrógado, ni enemigo de lo justo y legal.

Dicha Federación cuenta ya con mil quinientas sindicadas, entre las cuales reina el espíritu de amor y compañerismo, que las une y da fuerzas para salir airoso en sus pretensiones.

Así lo dice el llamamiento: “Pensad que la obrera aislada y sola vive sin apoyo, sin defensa, a merced de la arbitrariedad y de la concupiscencia egoístas. Pensad en la necesidad de agruparnos, que en la unión está la fuerza, y únicamente la sindicación puede redimirnos de la miseria... Tenemos derecho a que no se nos obligue a trabajar más de lo que nuestra salud permite. Tenemos derecho a que no se nos explote con jornales irrisorios. Tenemos derecho a vivir de nuestro trabajo, y es preciso que nos unamos para que estos derechos nos sean reconocidos. Nuestra Federación ha pedido al Gobierno la jornada máxima de nueve horas; ha pedido el aumento de jornal que en justicia se nos debe. Venid a robustecer nuestra petición; venid a ayudarnos, y veréis cuán pronto se convierten en hermosa realidad nuestras esperanzas.

No temáis conflictos: somos católicas, no sembramos odios de clases. Salimos al palenque de la acción social en justa defensa de nuestros vitales intereses. ¡Obreras madrileñas, a sindicarse! Visitad nuestra casa social y estamos seguras de que dejaréis allí vuestros nombres”

Buena falta hace que las obreras escuchen a sus compañeras sindicadas ya, y se congreguen en torno de una bandera que ha sido la primera que ha acogido entre sus pliegues las aspiraciones justas de las que ganan el pan con su trabajo. Si todas las obreras estuvieran unidas, no harían falta ni siquiera leyes, porque se cumpliría lo que en ley de

justicia debe dárseles; si todas las obreras fuesen sindicadas, no tendrían necesidad los inspectores del trabajo de luchar como lo hacen; si todas las obreras católicas se reuniesen, no pasaría lo que ha pasado con la obrera estuchista Antonia Ramos, a la cual por sus ideas han declarado el “boycot” sus compañeras de oficio, no habiéndose atrevido los patronos a recibirla en el taller, quedando por lo tanto sin trabajo y sin jornal...

Muy urgente es que las obreras entiendan bien las ventajas de la sindicación, que acabará con tantas explotaciones como diariamente estamos presenciando.

María de Echarri
Auxiliar de la Inspección de Trabajo